

Inauguración del curso académico 2009/2010

LECCIÓN INAUGURAL

‘LA SELECCIÓN DEL CONTEXTO PERTINENTE PARA LA INTERPRETACIÓN’

Santiago García-Jalón de la Lama

Profesor de la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe de la UPSA

En la teoría hermenéutica, es tradicional apelar al contexto para interpretar aquellos significados cuya comprensión resulta problemática. Si lo que ofrece dificultad es el sentido de una palabra, el contexto será el entorno verbal de la misma, el resto de palabras que con ella forman un texto. Si lo que requiere interpretación es un texto en cuanto tal, aplicando el mismo esquema, llegará a pensarse que el contexto es el entorno Histórico del texto, las circunstancias históricas en que ha sido emitido, circunstancias que proporcionarán la clave decisiva para la interpretación.

El problema es que, comprendido así la identidad del contexto no es, en manera ninguna, evidente. Hace ahora cuarenta años, Eugenio Coseriu recopilaba los diferentes tipos de circunstancias que pueden tener beligerancia en la interpretación:

[abro cita]: las cosas que están a la vista o a las que un signo se adhiere; los estados de cosas objetivos que se conocen por quienes hablan en un lugar y en un momento determinados, aunque no estén a la vista; la particular coyuntura objetiva o subjetiva en que ocurre el discurso; las circunstancias históricas conocidas por los hablantes; y, finalmente, la tradición cultural de una comunidad [fin de cita].

Sin ser exhaustivo, el sumario ofrecido por Coseriu acredita que, entendido como las circunstancias históricas en que un comunicado lingüístico se emite, el contexto, lejos de ser homogéneo, abarca un elevado número de factores. Utilizar el contexto requiere haber seleccionado cuál de ellos es relevante para la interpretación y esta selección es una decisión hermenéutica a priori, impuesta por la noción de significado que emplea quien la adopta.

Por oposición a este planteamiento, en las últimas décadas, la lingüística ha prestado una atención preferente a la «enunciación», a la acción decir. La teoría de la enunciación puede resumirse como sigue: necesariamente, todo mensaje lingüístico supone un emisor que lo dice y un interlocutor a quien se destina. La interrelación de un mensaje obliga a suponer un tipo de emisor y un tipo de destinatario y, a la inversa, suponer un tipo de emisor y destinatario trae consigo percibir de un cierto modo el significado del mensaje.

Conviene aclarar que emisor y destinatario no son aquí entidades históricas, sino coordenadas puramente lingüísticas que se desprenden del significado. Por ejemplo, el enunciado «en 1815 volveré a Parma» supone un emisor que ya ha estado en esa ciudad italiana y que habla antes de 1815. Sin embargo, históricamente, ese mensaje puede construirse en una fecha posterior y ser emitido por alguien que nunca haya visitado Italia. Lo mismo ocurre con el destinatario. Si se entienden en su acepción más inmediata, las palabras «me gusta cuando callas, porque estás como ausente» tienen por

destinatario propio a alguien con quien el emisor mantiene un vínculo afectivo, al margen de cuál sea el auditorio que en un momento dado las escuche.

En palabras de Iuri Lotman,

[abro cita]: La idea de que cada comunicado está orientado a un determinado auditorio y sólo en la conciencia de éste puede realizarse plenamente no es nueva. Cuentan una anécdota del conocido matemático P.L. Chebyshev. A una conferencia suya, dedicada a los aspectos matemáticos del corte de la ropa, un auditorio imprevisto: sastres, grandes señoras vestidas a la moda y otros. Sin embargo, la primera frase del conferenciante, «supongamos, para simplificar, que el cuerpo humano tiene forma de esfera», los puso en fuga. En la sala quedaron sólo los matemáticos, quienes no hallaron en tal comienzo nada de asombroso. El texto «seleccionó» para sí un auditorio, creándolo a su imagen y semejanza [fin de cita].

Hay que subrayar, además, un segundo punto. De acuerdo con la teoría de la enunciación, la interpretación del significado de un mensaje exige siempre suponer un emisor y un destinatario. En este sentido, no hay lecturas asépticas del texto, percepciones de un significado válido para cualquier tipo de emisor y destinatario. Hemos dicho que, en su aceptación más inmediata, la expresión «me gusta cuando callas, porque estás como ausente» tiene por destinatario propio a alguien con quien el emisor mantiene un vínculo afectivo. Si se supone que el destinatario inherente a esas palabras es de otro tipo, no será posible seguir entendiéndolas en su acepción más inmediata.

En virtud de este criterio, la teoría de la enunciación distingue entre texto y discurso. El primero es la secuencia de palabras en sí misma considerada. El segundo, el significado que esa secuencia cobra una vez supuestos un emisor y un destinatario. Propiamente hablando, el texto carece de significado. A lo sumo, consiente ser relacionado con un cierto espectro de posibles emisores para dar origen al correspondiente abanico de significados diversos. La posesión de significado pertenece al discurso, al texto una vez atribuido a un determinado emisor y un determinado destinatario. De ahí que Benveniste comente:

[abro cita]: Antes de la enunciación, la lengua no es más que una posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia de discurso [fin de cita].

Sin embargo, no siempre los enunciados revelan con claridad quiénes son sus emisores y destinatarios. Pensemos en la soleá de Manuel Machado que dice

Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera
camino de cualquier parte

Si nos preguntamos quién está hablando, en principio, las respuestas podrían ser varias. Cabría que se tratara de un cartero, del propietario de una empresa de mudanzas o del encargado del catastro municipal. En todos estos casos, los versos se limitarían a hacer una constatación objetiva, estarían diciendo una obviedad cuyo significado se agota en los términos que la expresan.

Por el contrario, si se entiende que quien habla es una persona enamorada cuya relación amorosa se ha interrumpido, el significado cambia sustancialmente y presupone, por ende, la noticia de una historia completa que constituye las circunstancias de la enunciación y suministra las condiciones en las cuales el texto cobra significado. Este es una queja, un reproche, una agresión, una evocación nostálgica... Cualquier cosa, menos una información objetiva facilitada al destinatario.

El enunciado se convierte así en la punta de un iceberg de significado, según la conocida metáfora de Hemingway, cuando escribía:

[abro cita]: Si un escritor sabe lo suficiente sobre aquello acerca de lo cual está escribiendo, puede omitir cosas que él conoce. Y el lector, si el escritor está escribiendo con la suficiente veracidad, tendrá un sentido de esas cosas tan estricto como el que el escritor ha tenido. La dignidad del movimiento de un iceberg reside en que sólo una octava parte de él está sobre el agua [fin de cita].

Pero, además, las palabras de Machado prevén un destinatario: la persona con la que el emisor mantenía la relación amorosa. Para entender que el destinatario es cualquier otro tipo de persona, habría que modificar el significado que se reconoce en la soleá cuando se piensa que está dirigida a un amante infiel.

Adviértase bien que el destinatario inherente a un significado no es la única persona capaz de apreciarlo. Entender el sentido de un mensaje al alcance de cualquiera que tenga acceso a él, con sólo que sea capaz de «recrear» la identidad de emisor y destinatario. Además, en la medida en que sea capaz de configurarse con el abatimiento que padece quien ha sido abandonado, el lector se apropiará del significado que tienen los versos de Machado y adquirirá una comprensión más acabada de la desolación que entrañan.

En esta asunción de los mecanismos que intervienen en la enunciación consiste la actualización del significado, ese «convertirse el lector en el libro» que Wallace Stevens propugnara.

Llegados a este punto, conviene insistir aún en que, cuando se interpreta un texto, siempre y necesariamente se suponen un emisor y un destinatario. Incluso si se entendiera que los versos de Machado se limitan a transmitir una información objetiva, a reseñar que una calle ha dejado de ser propiedad de alguien, la obtención de este significado debería descartar que el emisor fuera un amante despechado.

Así las cosas, la investigación del significado histórico requiere averiguar qué emisor y destinatario prevén los textos. Hay ocasiones en que el propio texto los consigna explícitamente. Es lo que ocurre, por ejemplo, en algunos escritos del Nuevo Testamento. François Martin ha estudiado la cuestión en la segunda carta de Pedro, considerando que representa un paradigma que puede ser aplicado al resto de los escritos neotestamentarios.

De acuerdo con sus conclusiones, los destinatarios de esa carta son creyentes que han recibido la fe en Cristo mediante la predicación apostólica. La fe adquirida ex auditu constituye el contexto en el que el escrito cobra significado.

La comprensión del significado histórico de ese texto requiere asumir la fe, lo que distingue lingüísticamente ese discurso de cualquier otro y deja sin fundamento la ancestral idea de que, al margen de la fe, puede obtenerse un significado histórico incontestable e igualmente válido para creyentes y no creyentes. Eso sería tanto como suponer que para la constitución del significado de los versos de Machado es indiferente tomar por destinatario un antiguo amor o un abastecedor de frutas y verduras.

A la luz de las explicaciones que preceden, cabría pensar que la investigación del significado auténtico de un discurso obliga a recrear cómo fueron concebidos el emisor y el destinatario en el momento en que se compuso el texto. La interpretación mantendría un cierto carácter arqueológico, a la búsqueda de la identidad original de tales concepciones.

Conviene no olvidar, sin embargo, que esa actitud, siendo válida para los mensajes orales, no puede extenderse a los escritos. Como ha indicado Ricœur en su controversia con Gadamer, por su propia naturaleza, los escritos prevén el distanciamiento. Un escrito no es la reproducción mecánica de un comunicado oral, sino el modelo de la comunicación en la ausencia. Tan es así que hay géneros de escritos que requieren el alejamiento entre emisor y destinatario. Por ejemplo, resultaría extraño

dirigirse por carta a alguien que estuviera presente y, de proceder así, se estaría haciendo notar que media una insalvable distancia entre emisor y destinatario.

Esta constatación bastaría para avisar del desenfoque que comporta examinar un escrito con los mismos parámetros con los que se aborda el análisis de un mensaje oralmente emitido.

Ahora bien: entre las características que presentan los escritos, una es que están constitutivamente abiertos a la re-lectura. Registrar un texto por escrito incorpora a los rasgos del destinatario la cualidad de re-lector.

En efecto, una vez escritos, los mensajes lingüísticos quedan a disposición del lector. El autor renuncia a la potestad de decir o callar, entrega definitivamente sus palabras a todo aquél que pueda tener acceso a ellas y confía a su arbitrio volver sobre las mismas cuantas veces quiera.

A diferencia de los mensajes enunciados oralmente, supeditados a la fugacidad y que sólo mediante la memoria pueden recuperarse, scripta manent. Permanecen como un monumento objetivo, destinado a una contemplación reiterada, a un incesante dinamismo de progreso en su comprensión.

Pero quien torna a un texto no es exactamente el mismo que lo leyó por vez primera. Guarda en sí la huella que en él dejó la lectura original y esta circunstancia, que el escrito prevé, distingue netamente la aproximación inicial a un texto de todas las aproximaciones sucesivas. Por eso escribió Roland Barthes:

[abro cita]: «los que olvidan releer se obligan a leer en todas partes la misma historia» [fin de cita].

Este incisivo comentario del crítico francés señala el provecho que comporta regresar a un texto ya leído y evidencia el peculiar carácter de don que la escritura tiene.

El destinatario inherente a la Escritura es alguien que va a progresar en su comprensión, alguien cuya configuración como destinatario está sometida a un permanente desarrollo. El lector modelo no es aquél que recibió la Escritura por vez primera, sino quien, habiéndose dejado conformar por ella, una y otra vez vuelve a leerla para re-generar los efectos del don ya recibido, en un inagotable itinerario que discurre incesante de fe en fe, de claridad en claridad. He dicho.